GRANADA.

Nos escriben de aquella ciudad: «Los PP. Jesuítas y los PP. Redentoristas, dispuestos siempre á correr donde los llamaban, de día y de noche estuvieron á las órdenes de todo aquel que los necesitaba. Ni de unos ni de otros, tuvo que lamentarse desgracia alguna.»

RELIGIOSOS FRANCISCANOS.

Nunca será bastantemente ponderado el crimen que arrojó de nuestro suelo las Órdenes religiosas, demolió sus conventos y dispersó fuera del patrio suelo á sus moradores. El daño ha sido incalculable á las artes y á las letras, á la economía del Estado y á la de los pueblos y más que todo y sobre todo ha sido y es irreparable el mal causado á los pobres. Mil razones que no son de este lugar apoyan nuestro aserto. Mas concretándonos ahora, á lo que es objeto de este trabajo, en ninguna ocasión mejor que en las calamidades públicas, de guerras, hambre y pestes, es cuando aparecen en todo su vigor la conveniencia y necesidad de estos hombres que animados de un celo superior y atentos sólo al servicio de Dios y por él al de sus semejantes, hacen frente á toda clase de peligros, alentando á los pueblos siempre propensos á un egoísmo estúpido y á un abandono inexplicable.

Iniciada otra vez la restauración de estos institutos por la necesidad que de ellos se experimenta, pero envueltos en una red de trabas administrativas que impiden su desarrollo é incremento, España se ha visto invadida por una epidemia, que si no tan cruel y asoladora como otras, se ha extendido con rapidez vertiginosa por todos los extremos de la Península.

Como siempre su presencia inspira el terror á los pueblos, y éstos desamparados de estos hombres ó mejor ángeles tutelares, caen en un embrutecimiento y desesperación impropios de pueblos cultos. Vuelven sus ojos á la Religión y allí esta madre cariñosa levanta las primicias de estos hombres providenciales que acuden á la voz suplicante de sus hermanos y se presentan sin miedo y sin arrogancia á luchar contra la enfermedad que hasta á los más valerosos amilana.

Testigos de este hecho han sido los pueblos que han contado en su seno alguna de estas casas restauradas, y por lo que á los Hijos de San Francisco se refiere, insertaremos cuanto ha llegado á nuestro conocimiento que por cierto es bien poco. También han dado sus primicias al cielo y permita éste que un holocausto tan puro sea agradable á Dios, quien abriendo los ojos á los pueblos y á sus gobernantes permitan que veamos nuevamente y sin obstáculo, florecer estas flores de virtud que forman la honra y gloria de los pueblos.

Copiamos lo siguiente de un periódico del Principado:

El 27 del pasado Julio se verificó en Vich una reunión de todas las clases de la sociedad, y se determinó pedir á los Padres Franciscanos local para un hospital colérico. El 29 los muy ilustres señores Vicario general, y Alcalde constitucional se presentaron al superior del Remedio, y expusieron la determinación de la junta. El superior con gracejo les dijo: «Señores, para hospital está el convento y los Religiosos para enfermeros; de suerte que no necesitan pensar ustedes, señores, en nada.» Una comisión del muy ilustre Ayuntamiento se presentó á inspeccionar el local el día 31 y los seis individuos que la componian quedaron altamente satisfechos de los sentimientos y buenas disposiciones de los Rdos. Padres Franciscanos. Con fecha de 30 del mismo mes el muy ilustre señor Alcalde dió las gracias á los Padres en un atento oficio en el que hace constar, que los Padres Franciscanos han superado en mucho las esperanzas del Ayuntamiento y de la Junta de Sanidad.

Refiere el *Siglo Futuro:*

En el convento de Padres Franciscanos de Cocentaina han ocurrido durante la epidemia doce invasiones entre Padres y novicios, falleciendo uno solo, el Padre Gregorio, que llegó al convento enfermo, procedente de Valencia.

FALLECIDOS.

El Rdo. P. Gregorio, en el Convento de Cocentaina (Valencia.)
El Rdo. P. Vicente Navarro falleció en Valencia el 9 de Agosto.
El Rdo. P. Antonio Ortiz falleció en Valencia el 19 de Agosto.
Fr. Antonio Torres, lego, falleció en Villarreal.
Fr. N., hermano, falleció en el convento de Villarreal.

Los Franciscanos y el cólera.—Uno de los pueblos más castigados por la actual epidemia colérica es, sin duda, Gerindote (Toledo), del que han huído desde los primeros momentos la mayoría de los vecinos, y han sucumbido víctimas del terrible azote las autoridades y personas principales y entre ellas el celoso Párroco. Al tener noticia de lo sucedido los Reverendos Padres Franciscanos de la Puebla de Montalbán, partió uno de estos admirables Hijos de San Francisco para el lugar del peligro. Á su llegada se encontró con tres cadáveres insepultos por la poquedad de ánimo de los escasos vecinos que habían sobrevivido. Lleno el Religioso de santa abnegación, tomó la pala y azadón y abrió él mismo las sepulturas, dando tierra á los mencionados difuntos. Sin tomar un solo momento de descanso recorrió una por una todas las casas, distribuyendo el pan del consuelo á los abandonados coléricos, y logrando con su intrepidez reanimar el espíritu y la caridad de los pocos vecinos existentes, y alentarlos para hacer frente á la terrible epidemia. ¡Loor sempiterno á esos héroes de la Iglesia!!!

La conducta de los mismos Padres Franciscanos del Colegio de Consuegra (Toledo) rayó también en heroica y extraordinaria. La venerable Comunidad se ofreció desde un principio á las autoridades para prestar toda clase de servicios. Los jóvenes novicios pedian con insistencia que se les permitiese servir á los apestados en compañía de los Religiosos profesos, y el Superior tuvo á bien acceder á sus fervorosas súplicas. Todos se diseminaron por la Ciudad de dos en dos, como nuevos discípulos de Jesús, llevando unos, ropas; otros, alimentos; aquellos, medicinas; estos, el consuelo espiritual, hablando con su conducta al corazón empedernido de aquellos que odian la Religión y todo cuanto lleva la señal de Dios vivo. ¡Oh cuántas lágrimas han enjugado! ¡Qué número de almas han conquistado para el cielo! ¡Á cuántos han llevado la paz de que tanto tiempo carecían! ¡Dios sea bendito por todos los siglos!—(De la *Revista Franciscana* de Octubre de 1885.)

Los verdaderos amigos del pueblo.—En nuestros días se busca para todos los caprichos, satisfacciones; para todas las malas ideas, estandarte; para todos los corazones, vicios. Nuestra sociedad va saltando por lujosos prados como un bruto desbocado;

en su egoísmo no conoce más ley que la de las concupiscencias, y no mide los grados de la civilización, sino por lo que se gasta ó por lo que se corre. La regeneración del mundo tiene que hacerse con grandes ejemplos de abnegacion y de sacrificio, la sociedad y la Religión nos lo exigen. Gracias á Dios no faltan estos ejemplos; hay que aprovecharlos, hay que presentarlos á los entendimientos que no creen y á los corazones que no aman; quizás con la lectura de estas importantes lecciones se elevarán algunos á regiones desconocidas, se engreirán con lo que no pueden ser y se confundirán por lo que no son.

Con este fin vamos á publicar lo que han hecho los Padres Franciscanos de Balaguer y de Villarreal según nos escriben de esas ciudades.

Tomábanse en Balaguer las precauciones que dicta la prudencia humana para librarse de este castigo, que á falta de nombre propio lleva un nombre providencial, el de Cólera, y los religiosos Franciscanos, no contentos con ofrecer el convento para hospital, declararon que desde entonces se constituían enfermeros de los coléricos. El ángel exterminador de la sociedad moderna rebelde á los preceptos de Dios, penetró en Balaguer, infundiendo terror á todos; aquellos buenos Religiosos día y noche salían del convento para prodigar los auxilios espirituales y tranquilizar á los pusilánimes. Como que en semejantes circunstancias los entendimientos suelen estar muy poco aptos para discurrir, y en cambio los corazones suelen encontrarse muy dispuestos para amar, ordenáronse dos procesiones de rogativas. Los Hijos de Francisco asistieron á las rogativas y subieron á pie enteramente descalzo la cuesta del Santo Cristo, sacrificio que hizo derramar abundantes lágrimas á centenares de fieles. Con su predicación lograron reanimar el espíritu abatido de aquella población, lo que no habían podido conseguir ni la ciencia con sus principios, ni la autoridad con su prestigio.

También en los pueblos vecinos prestaron aliento á los corazones que el temor tenía como yertos. En Lérida, cuando el cólera intentaba levantar su trono sobre montañas de cadáveres, dejóse ver el hábito franciscano; un Padre de la Comunidad de Balaguer, desafiando la muerte, subió al púlpito de la Catedral, y exhortando á todos á levantar los ojos al cielo para implorar la divina clemencia, y á ser fieles á Dios, que viéndoles contritos suspendería los golpes de su justicia, derramó sobre los pechos oprimidos el bálsamo de la confianza.

En Villarreal el cólera causó los mayores estragos. Los Padres Franciscanos se encargaron de asistir á los apestados de una parte de la villa. Aquellos que por sus achaques no podían llevar el consuelo á las familias, sentábanse en el confesonario para escuchar á los numerosos fieles que, reconociendo que nuestras culpas son la causa de nuestras tribulaciones, querían reconciliarse con Dios. Á los demás Padres, acompañados de los donados y de los legos, día y noche se les hallaba por las calles llevando los consuelos espirituales á los enfermos y administrándoles los Sacramentos. Casi todos ellos sintiéronse más ó menos atacados de la enfermedad reinante; sin embargo, no por eso se entregaron al descanso hasta que la población quedó libre del azote de la peste, de la cual fueron víctimas un lego y un donado.

Compárese ahora la conducta de estos humildes Religiosos con la de esos hombres sensuales, enemigos de la Religión, que tanto apego tienen á la comodidad y á la vida, y muestran tanta repugnancia á todo lo que sea padecer, y se verá quienes son los verdaderos amigos del pueblo. Aquéllos, aceptando el sacrificio como única ley de su vida, renuncian á su familia y á sus riquezas, á todo consuelo mundano, á todo placer y á todo goce, se renuncian á sí mismos, que es todavía más difícil que renunciar aquellas cosas; sacrifican su salud y su existencia por auxiliar á sus hermanos, víctimas de desoladora y mortífera peste, ó de cualquier otro infortunio. Éstos, por el contrario, halagan al pueblo, hácenle mil promesas que ni quieren ni pueden cumplir, esplótanle para acumular riquezas, y cuando le ven en grandes apuros, le abandonan, buscan lugares seguros donde puedan continuar su vida regalada con los sudores de otros, y hasta fomentan toda clase de diversiones para que el recuerdo de aquellos infelices á quienes procuraron engañar no turbe sus placeres groseros.—(Del *Correo Catalán.*)

RELIGIOSOS CAPUCHINOS.

Esta Orden tan querida de la Iglesia por las grandes virtudes de los miembros que la componen, como predilecta del pueblo por la humildad y sencillez evangélica de sus individuos, fué barrida del suelo español como las demás por el huracán revolucionario del 35, después de haber prestado heroicos servicios al pueblo en las calamitosas épocas que en este siglo hemos atravesado.

Ahora no bien empieza á renacer de sus ruínas preséntase el asolador azote del cólera en algunos de los puntos en que se han abierto sus casas. Allí cumplieron como siempre, y en los que pudieron librarse de la epidemia no dejaron tampoco de ofrecerse para todo evento. Por esto leemos en un periódico:

«Con satisfacción hemos sabido y consignamos el generoso ofrecimiento hecho incondicionalmente al ayuntamiento de Pamplona por la respetuosa comunidad de Padres Capuchinos, para asistir á los enfermos coléricos en el caso de que aquella ciudad sea invadida por la epidemia.

¡Que el cielo premie el celo de esos santos varones por la salvación de las almas!»—(Del *Intransigente.*)

De otro periódico cortamos lo siguiente:

«Merece justísima mención la conducta de los Padres Jesuítas del colegio de Santo Domingo de Orihuela, y de los frailes Capuchinos de dicha ciudad.

Cinco Hijos de San Ignacio están de noche y de día á la cabecera de los moribundos, sin que desmaye un punto su caridad ni su celo. Y lo mismo vienen haciendo los Capuchinos, los cuales han perdido ya un hermano, y tienen á otros dos atacados por la epidemia.—(De *La Correspondencia.*)

Por último merece consignarse lo que publica otro diciendo que «se hace eco la prensa de Madrid del propósito noble y levantado que anima al padre Guardián del convento de Capuchinos de la Magdalena (Valencia), al fundar en el pueblo de Masamagrell un asilo y escuela de párvulos, con el objeto de recoger y educar á los niños de ambos sexos, huérfanos á consecuencia de la epidemia, que tantos estragos ha causado por toda la comarca.»

¡Así son y han sido siempre los Religiosos!

Necrología de las víctimas de la caridad del convento de la Magdalena Masamagrell (Valencia).—*Fray Modesto de Cela de Núñez,* lego.—Con mucha razón podemos aplicar al Hermano fray Modesto aquellas palabras del Espíritu Santo: *Consummatus in brevi explevit tempora multa:* porque durante el corto tiempo que ha permanecido en nuestra Religión seráfica ha dado ejemplo de todas las virtudes. Bosquejémoslas siquiera ligeramente. El principal carácter de nuestro Hermano, que venía á ser como el fondo donde brillaban las demás virtudes, era la sencillez de corazón que tanto agrada al Señor. De ella estaba adornado en tales términos, que fácilmente se la

distinguía con sólo verle ó hablarle una sola vez. Era un alma naturalmente sencilla, sin afectación alguna; de aquí que Dios se complacía en derramar sobre ella la abundancia de sus gracias, y la gracia divina no fué vacía en fray Modesto. Hizo su noviciado con admiración y ejemplo de todos sus connovicios, sin que jamás diese motivo á la reprensión más ligera. El silencio, la modestia, la humildad, la mortificación y el amor á la santa pobreza, fueron virtudes que crecieron igualmente en aquel corazón sencillo, siendo en el interior y exterior un verdadero religioso capuchino.

Profesó el día de la Inmaculada Concepción de la Purísima Virgen María del último pasado año 1884. Y víctima de sus deberes asistiendo á los enfermos, contrajo el cólera que le duró unas diez horas. Durante ellas y cuando el mal se manifestaba más terrible, exclamaba sonriendo: *¡Jesús, qué gloria!* Lloró entonces sus pecados enterneciendo á los que le asistían; manifestó tener escrúpulo de la alegría que sentía al acercarse la muerte; pidió se rezase la Corona, que él seguiría con el corazón, y durante este rezo murió como un justo. Murió, pues, en brazos de la Santísima Virgen, á quien rezaba diariamente los quince misterios. Tenía 29 años de edad.

Fray Benito de Coria.—Es otra de las víctimas de la caridad. Llevaba siete años de religión, siendo muy observante en ella. Siempre se le vió lo mismo desde el primer día de su noviciado; cariñoso y afable con todos, amante del silencio y de la santa pobreza. Era fervoroso y constante; por su dulzura se granjeaba la voluntad de todos, y el ejemplo de sus obras y palabras tenía admirados á sus compañeros. Varias veces hemos oído decir á los Religiosos legos *que no deseaban otra perfección que la de fray Benito.* Atendía con esmero á todas sus obligaciones, asistía y visitaba con caridad á los enfermos, animándoles á sufrir por Dios, pero con una dulzura que encantaba. Contrajo el cólera, sufriendo con admirable paciencia los dolores de la enfermedad.

El día último de su vida no soltó el Crucifijo de sus manos ni un momento, y aceptó la muerte con la resignación de un santo. Horas antes de morir dijo á su confesor que sentía tanta tranquilidad y una especie de dulzura anticipada que le causaba el ardiente deseo de ver á la Virgen María, que no obstante estar resignado á la voluntad de Dios, habría sentido en el alma ponerse bueno. Murió abrazado al Crucifijo con gran tranquilidad, habiendo pedido antes ser sepultado en tierra, como se ha verificado. Tenía 31 años de edad.

Fray Serafín de Villafranca, lego.— Este religioso llevaba sólo cuatro meses de novicio, y se distinguió por su humildad y por su especial devoción á la Santísima Virgen María: á sus imágenes las adornaba con las mejores flores del huerto, y en las recreaciones siempre pedía á sus connovicios que refiriesen algo de ella. Fué el primero que murió del cólera en el convento de Masamagrell, y por ser de una naturaleza endeble, parece que la enfermedad se presentó con mayor fuerza. Con todo, resistió sin quejarse, y aceptó la muerte con admirable resignación. Hizo su profesión en medio del mayor gozo, y murió tranquilamente pronunciando el dulce nombre de Jesús. Tenía 26 años de edad.

El Padre Fray Segismundo de Herrera.—Durante su noviciado ha sido ejemplar en todo, pero de una manera especial distinguíase en la abnegación propia; así es que durante la enfermedad no perdió la resignación ni la alegría. Creíase indigno de todo cuidado y atención, recibiendo á los enfermeros y á los Reverendos Padres Maestro y Sub-Maestro con una gratitud que admiraba. Decía que era muy bueno morir en la Religión rodeado de Padres y Hermanos que tanto le amaban. Hace tiempo que pedía al Señor en sus oraciones que, si había de morir algún novicio, fuese él preferido, pues en su humildad se consideraba inútil por completo para la Religión. Dios oyó su oración, y al quinto día de su enfermedad, ésta entró en el período álgido, que hizo presumir un resultado fatal. Así fué, en efecto; por la tarde recibió el Santo Viático, la Profesión y el Santo Óleo, todo con una compunción que enternecía, y con repetidos actos de amor y contrición; murió tranquilamente en el Señor á los 40 años de edad.

Fray Benardino de Alcira.—También ha muerto, aunque no del cólera.—R. I. P. A.—(De *El Mensajero Seráfico.*)

Necrología.—ORIHUELA.—*Fr. Santiago de Almansa.*—Este observante religioso que desde los primeros días de su noviciado fué modelo de todas las virtudes, estuvo dotado de un modo especial del dón de oración. Su mayor gozo era retirarse á la soledad á hablar con Dios, porque sabía por experiencia que en ella encontraba todo cuanto apetecía su corazón; y en efecto, en ella adquirió aquel fervor de espíritu que se notaba en todos sus actos, pero principalmente cuando se acercaba á recibir á Jesús Sacramentado: en ella se inflamó su corazón en amor divino, hallando en todas las criaturas, á semejanza del Seráfico Padre San Francisco, motivos poderosos para aumentar más y más su amor á Dios. Deseando dar pruebas prácticas de este amor, luégo que supo que el cólera había invadido á Orihuela y pueblos comarcanos, se apoderó de él una secreta fuerza que le conducía á asistir á los pobres coléricos, mirando en ellos la Imagen de Jesucristo; para realizar su deseo se presentó á su Superior manifestándole su intento, el cual, como conocía muy bien su espíritu, no vaciló un momento en darle el debido permiso para que se dedicara á tan santa obra y á fin de que tuviese en ella el mérito de la santa obediencia; así, asistiendo á los pobres enfermos, contrajo la misma enfermedad del cólera, de la cual murió alabando á Dios y bendiciendo á la Santísima Virgen María porque le habían concedido el beneficio tan deseado, que era morir por el amor de Dios y de sus hermanos. Murió, pues, como un buen religioso, después de haber recibido los Santos Sacramentos el día 8 de Julio de 1885, siendo todavía muy joven.—(De *El Mensajero Seráfico*, Noviembre 1885.)

Los Capuchinos ante el cólera en Igualada.— La razón de consuno con la historia hablan altamente á favor del fraile en sus diversos institutos religiosos.

La experiencia se levanta contra tantos mozalvetes que, sin estudios profundos de la sociedad, y aleccionados solamente por las columnas de periódicos superficiales, se deshacen en dicterios y calumnias, en cuentos y en fábulas denigrantes contra los hombres de *verdadera fraternidad*, y que en momentos dados luchan para detener el paso de la muerte aun á costa de su propia existencia.

Nuestros Capuchinos de Igualada, cuyo objetivo es misionar en las regiones del África y en particular de la Abisinia á expensas de su vida, sin otra paga del mundo que la del martirio y la del olvido después, nos presentan un ejemplo de valor cívico-religioso, que creciendo bajo las hermosas alas de la caridad se multiplica á favor del ciudadano doliente poniendo á su auxilio todo cuanto tienen, incluso la salud que hasta por instinto se aprecia más que los tesoros, detestando y abominando la máxima aquella moderna de *primero... yo; después... yo;* y *siempre yo!* último factor del más refinado egoismo que con creces nos muestra el hombre en la moderna sociedad.

Al sordo ruido de la venida del cólera; cuando la confusión se acercaba obligando á algunas de nuestras familias á alargarse hacia lejanas tierras; en el momento en que las autoridades buscaban anhelosas aislar al colérico del hombre sano, para evitar el contagio; como si una voz angélica hubiera hablado al oído de nuestros prohombres, señalándoles las sendas del convento, siéntense inspirados, y presentados á la casa *capuchina*, tiran la cuerda de la campana, cuando hé aquí que un hombre venerando, de poblada barba, demacrado el rostro por las disciplinas y penitencia, cariñoso les franquea el paso á la mansión de la plegaria!

Expuesta la causa de la visita por las autoridades civil y religiosa, al momento aquellos hombres vestidos de tosco sayal y ceñidos con una dura cuerda, á cuya vista se horripilan los *sprits forts*, porque no los conocen, se inclinan poniendo á su disposición todo cuanto tienen; su pan, su casa, su jardín, su huerta, su templo, sus personas y sus vidas...!!!

¿Qué más queréis.....?

Obras son amores y no buenas razones.

Perfectamente, y en este terreno valientes nos encastillamos.

Las hermosas salas destinadas para dormitorio de los jóvenes de la escuela seráfica (plantel capuchino) espaciosas, ventiladas, y con todas las condiciones higiénicas para

tanta juventud, quedan inmediatamente destinadas para albergue de enfermos, así como para convalecientes las salas de estudio, y el jardín para solaz de los mismos, todo á disposición de Igualada. Poco importa que los escolares tengan que ausentarse de su propia casa: poco importa que para alivio del colérico igualadino deban marchar por más de dos meses, y vivir en despoblado, y en edificio sin concluir aún: poco importa que los Rdos. Padres Capuchinos se vean precisados con la *cesión*, á mil idas y venidas del Convento á la Puda de Francolí, y de la Puda al Convento. ¿Se trata de salvar á Igualada? Esto, pues, basta para el Capuchino.

Se instala el lazareto á cargo de los Rdos. Padres el día 20 de Agosto, y se levanta el día 8 de Octubre, llegando á 33 los enfermos, (15 hombres y 18 mujeres) teniendo de esta totalidad solamente 10 defunciones; y decimos *solamente*, porque al llegar los pacientes al lazareto, en general eran ya desahuciados y sin esperanza de vida, víctimas de dos cóleras, como dijo muy bien y gráficamente el orador de la fiesta de San Bartolomé, á saber, del *asiático* y del de la *miseria*.

Los enfermos, que llegaron á ser veinte á la vez, contaron únicamente con dos enfermeros de día, hombre y mujer, con la particularidad de que el primero tenía aún de servir de andarín á la ciudad por cuanto se necesitaba; viniendo á resultar casi *una sola enfermera*, como sola funcionaba durante la noche; eso sí, mereciendo todos los plácemes del convento por su actividad y celo sin igual en el servicio.

Así pues, el gran peso del nuevo hospital ¿quién lo llevaba? El Fraile capuchino.

¿Quien era el timonero de esa nave de dolientes? El Fraile capuchino.

Á cargo del Fraile capuchino venía la cocina para caldos como para alimentos, el auxilio culinar para el de estado grave, como para el de convalecientes. De día y de noche servían al colérico, mientras otros operaban en la farmacia componiendo los preparados para tantos albergados que sufrían. El cuidado era tan grande, la puntualidad tan extraordinaria, el caldo tan exquisito, los alimentos tan bien condimentados, las medicinas tan exactas en el horario; la limpieza, el aseo tan perfecto; el amor y cariño tan embelesador, que los pobres de convalecencia decían: «¡Esta es nuestra santa casa!» «¡Jamás nos moveríamos de ella!!» «¡Dios se lo pague á nuestros protectores!!!»

El Capuchino ha sido el *posadero* gratuito de los desvalidos.

El Capuchino ha sido el *farmacéutico* en tantos apuros.

El Capuchino ha sido el *enfermero perenne* en estas circunstancias.

El Capuchino ha sido el *cocinero* para tantos infortunados.

El Capuchino ha sido el *capellán* administrando los Sacramentos y prestando los demás auxilios espirituales.

El Capuchino ha sido el *sepulturero* amortajando los cadáveres!!!

¿Qué paga quiere el Capuchino? Una sola... hacer bien á la Ciudad.

Digna de loa es la conducta del Capuchino ante el cólera en Igualada.—(Del *Semanario de Igualada.)*

RELIGIOSOS CARMELITAS DESCALZOS.

Los Religiosos Carmelitas al igual que las otras Órdenes, apenas se presentó el cólera en las poblaciones en que radican sus casas, se ofrecieron todos á las autoridades y singularmente á las eclesiásticas para que dispusieran de todo el personal de sus conventos para asistir á los epidemiados.

Los del Desierto de las Palmas lo verificaron con las autoridades de Castellón de la Plana, y aceptados sus servicios salieron inmediatamente seis Padres, distribuyéndose en varios pueblos y en el de Benicasim falleció víctima del cólera y mártir de la caridad el Rdo. P. Gerardo del Corazón de Jesús, uno de los

Padres que con singular celo asistieron á los epidemiados, contando unos 56 años de edad. *(Boletín de Tortosa* del 2 de Agosto).

De varios periódicos:

De *El Imparcial:*

«El Prior de la comunidad de Carmelitas del Desierto de las Palmas ha ofrecido los servicios de aquellos Religiosos al alcalde de Castellón para asistir á los enfermos.

»Con este motivo se recuerda que durante el cólera de 1835 los Padres del Desierto hicieron tanto bien á Castellón, que esta circunstancia influyó para que no fuera cerrado el convento.»

Habiéndose presentado el cólera en Martinamor, ha salido de Alba de Tormes para dicho punto un fraile Carmelita, á fin de prestar su asistencia espiritual á los enfermos de la epidemia, entre los que, según parece, se halla el Párroco.

Nos escriben de Burgos que parte de los Rdos. Padres Carmelitas establecidos en aquella ciudad, han salido en auxilio de algunas poblaciones infestadas de la provincia, á fin de asistir á los enfermos y ayudar á los Párrocos en la cura de almas.—(Del *Intransigente.)*

Corella 28 *de Setiembre de* 1885.

Sr. Director de *El Intransigente:* Muy señor mío y querido correligionario: Hacer á usted fiel relato de lo sucedido en esta comarca en los meses de Agosto y Setiembre, sería condenar á los lectores del periódico á una larguísima jeremiada, y hoy que en la humilde ermita como en la suntuosa catedral, resuenan alabanzas al Eterno y gracias al Todopoderoso por haber hecho cesar el terrible azote del cólera, que tanto y tanto luto ha sembrado en la patria de María, y especialmente en las riberas del Ebro, no debemos recordar tan aciagos días, más que para mostrar gratitud á aquellos de nuestros conciudadanos que con su abnegación y caridad cristiana, han hecho frente al enemigo del Ganges.

Algunos de estos héroes han sucumbido en la lucha víctimas de su ardiente caridad figurando entre ellos y en primera línea, el celosísimo carmelita descalzo *R. P. Fr. Timoteo de la Santísima Trinidad* cuyo amor á sus semejantes y celo por la salvación de las almas era inconmensurable.

El cuerpo facultativo y Clero corellano se han colocado á la altura de los héroes, y á pesar de todo, 165 víctimas cuenta Corella de sus 6.000 habitantes.

Mande V. á su afectísimo S. S.—*G.*

MISIONEROS HIJOS DEL INMACULADO CORAZÓN DE MARÍA.

Los Padres han asistido en todas partes donde radican sus Casas á los epidemiados, prestándoles toda suerte de auxilios materiales y espirituales.

Víctimas de su celo y ardiente caridad han fallecido dos Padres, siendo llo-